

Índice de contenido

[Portada](#)

[Entradilla](#)

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[Huir no borra el pasado](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[No creí que pudiera quererte tanto](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[Nunca, nada, volvería a ser igual](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[La soledad no es grata compañera](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[Despedidas](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[Todo se rompe en mil pedazos](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

5

Tal vez me encuentres

1

2

3

4

5

6

7

Siempre hay un final

1

2

3

4

5

6

Cuando la vida te alcance

1

2

3

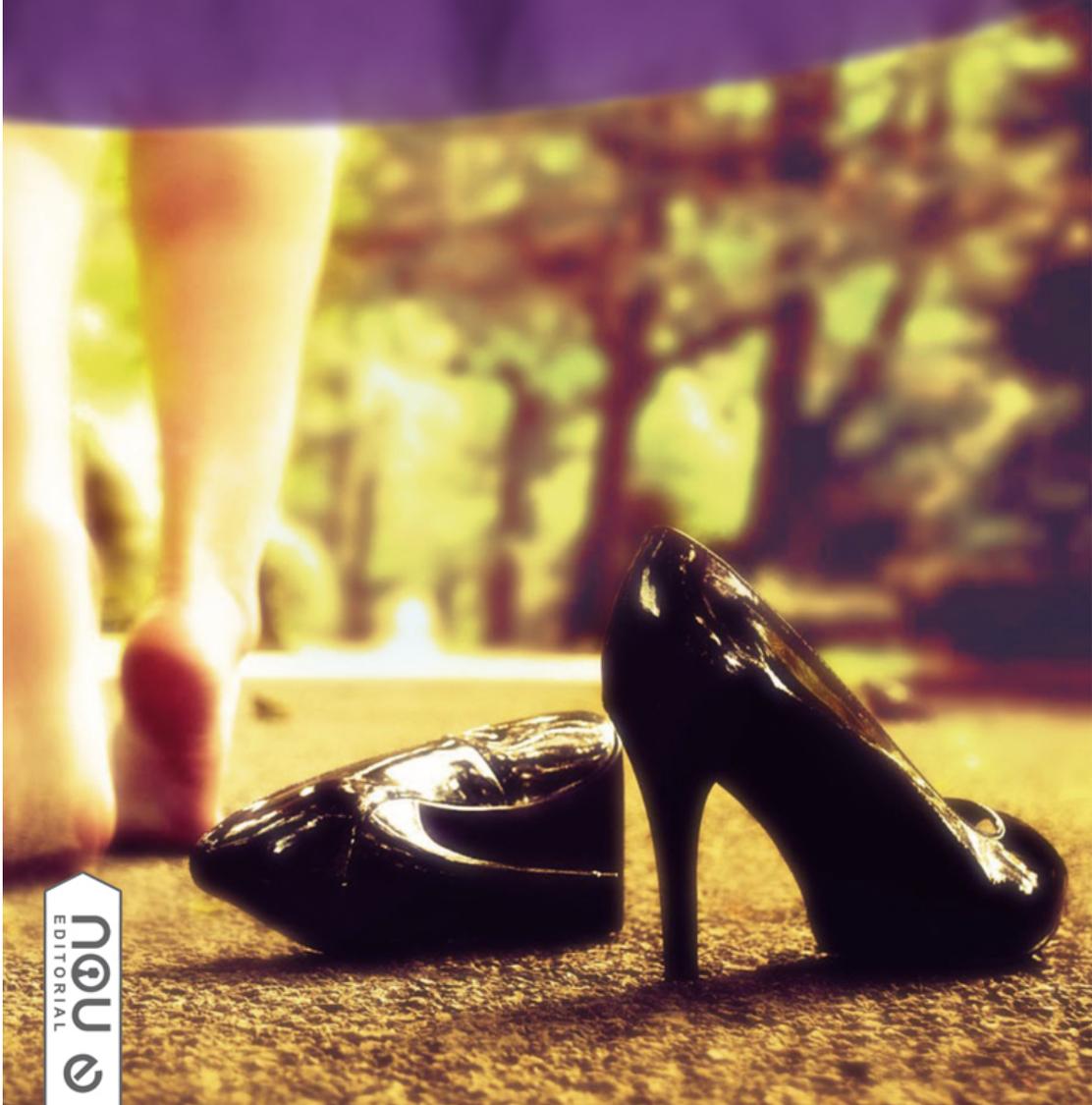
4

Nota de la autora

Más Nou editorial

Cuando la vida Te alcance

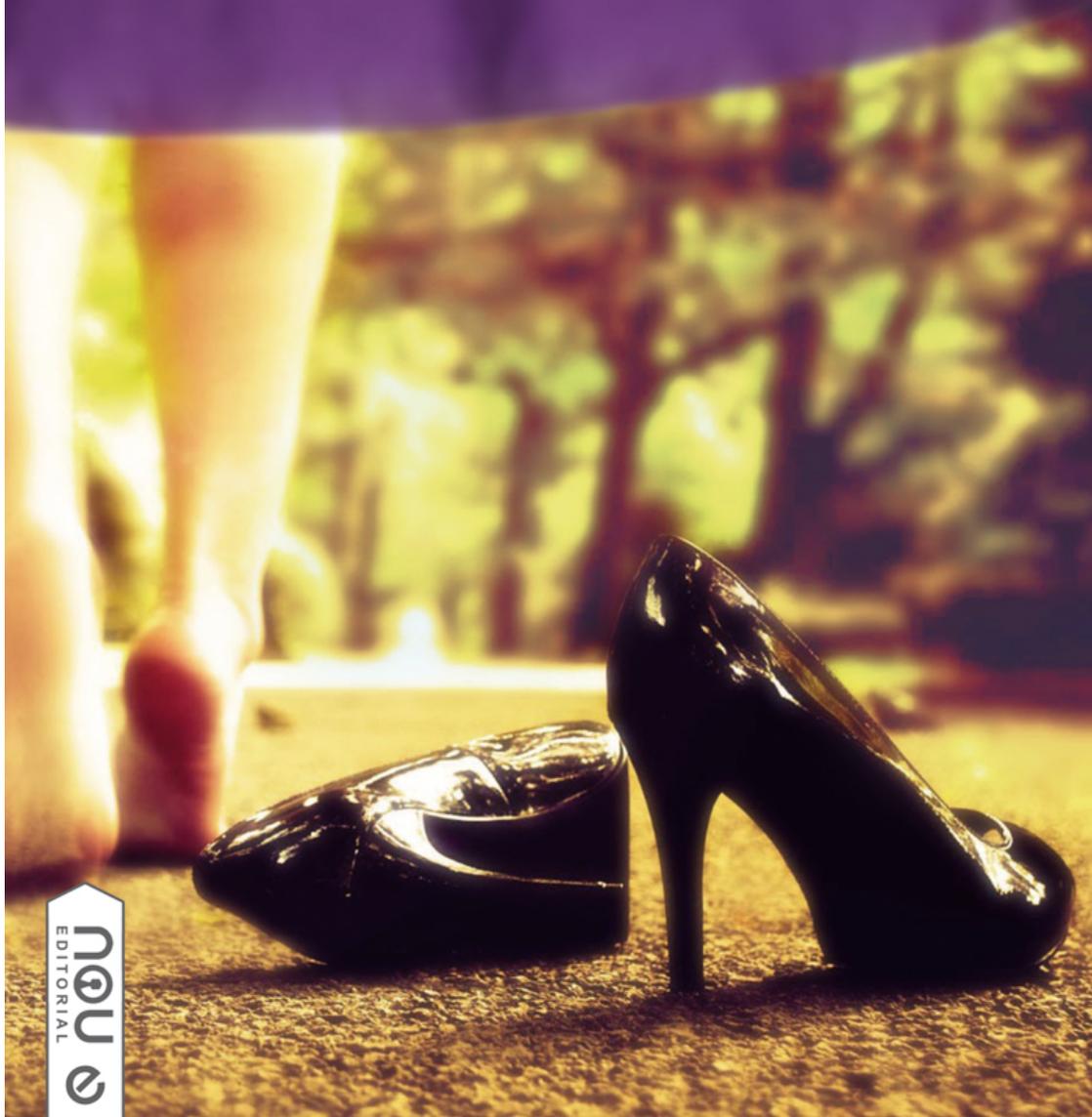
ROSA SANMARTÍN



EDITORIAL
NOU

Cuando la vida Te alcance

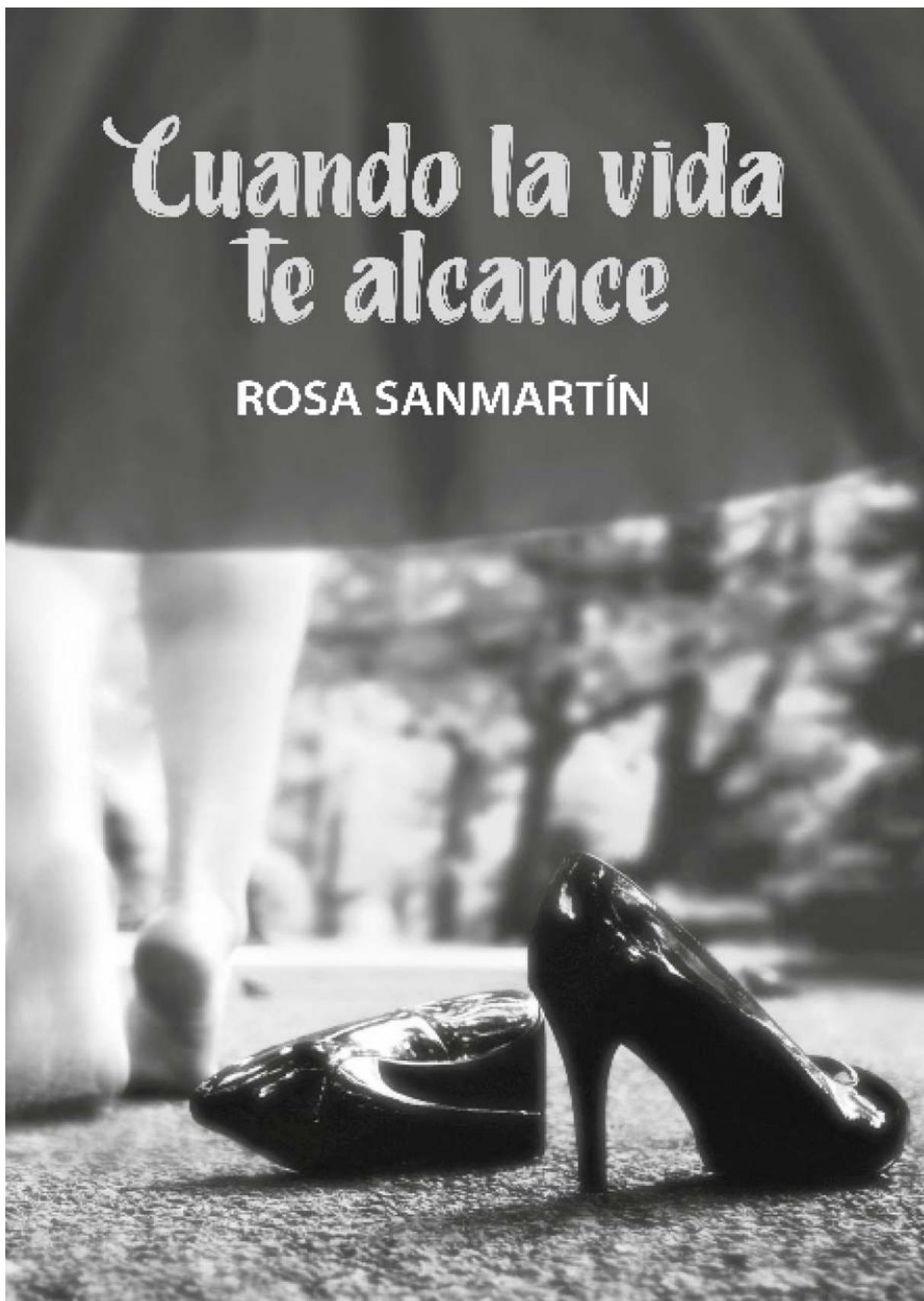
ROSA SANMARTÍN



nou
EDITORIAL

Cuando la vida te alcance

ROSA SANMARTÍN





.nou.
EDITORIAL

Título: **Cuando la vida te alcance.**

© 2020 **Rosa Sanmartín Pérez.**

© **Diseño y maquetación: nouTy.**

Colección: **IRIS.**

Director de colección: **JJ. Weber.**

Primera edición julio 2020.

Derechos exclusivos de la edición.

© NOU EDITORIAL 2020.

ISBN: 978-84-17268-48-0

Edición digital enero 2021

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

conlicencia.com - 91 702 19 70 / 93 272 04 45.

Más información:

noueditorial.com / **Web**

info@noueditorial.com / **Correo**

@noueditorial / **Twitter**

noueditorial / **Instagram**

noueditorial / **Facebook**

nowestore.com / **Tienda**

*A Tomás,
por las ausencias respetadas,
por la lectura compartida,
por el apoyo incondicional,
por estar siempre ahí.
Gracias por todo y por tanto.*

Huir no borra el pasado

1

Helena Sabater miraba la pared de un hotel cercano a un centro comercial, mientras pensaba dónde comenzó todo, dónde se había roto esa relación con su madre que la había llevado a dejar su casa, su vida. Helena no entendía cómo madre e hija habían sido capaces de decirse esas palabras, de hablarse de aquella manera. Porque pese a lo diferentes que eran, a lo distanciadas que habían llegado a estar, Helena nunca pensó que pudiera existir aquel abismo entre las dos. Jamás creyó que hubiera un mundo en el que no cupiesen ambas.

Tumbada en la cama, rebuscó entre sus recuerdos y se dio cuenta de que, desde hacía muchos años, solo habían tenido pequeños momentos de tregua, pequeños instantes en los que la complicidad se posaba sobre ellas haciéndoles creer que todo era perfecto. Aunque no lo fuera. Hacía tiempo que las dos habían dejado de entenderse y, lo que era peor, habían dejado de intentarlo.

Mucho más triste que todo eso era que Fifín, desde que retuvo a aquella pequeña de ojos marrones entre sus brazos, quiso que fuera feliz, que no le faltara nada y que sintiera que el mundo era un lugar perfecto que habitar; y que Helena, desde que reconoció a aquella mujer de ojos verdes que la acunaba entre sus brazos, quiso amarla y semejarse a ella tanto como pudiera.

Pero nunca, en todos esos años en los que Fifín y Helena se quisieron, se lo dijeron en voz alta.

La primera vez que se abrió aquel abismo fue cuando Helena iba a comenzar tercero de BUP. Por aquel entonces sus padres querían que estudiara Arquitectura, al igual que su hermano Carlos, o Empresariales. Helena también lo creía, hasta que decidió cambiar esa opción por otra: haré el bachillerato de letras, les confesó la noche previa a matricularse. No se había atrevido a decírselo antes, porque se iba a enfrentar a una charla para la que no estaba preparada. Conocía cuáles eran los argumentos que esgrimirían para convencerla: no encontrarás trabajo, eso no es lo que siempre hemos hablado, si haces ciencias entrarás en el despacho de papá. Un largo reguero de cuestionamientos a los que Helena no quería enfrentarse.

Durante la cena, en aquel comedor de treinta y cinco metros cuadrados, sentados los cuatro en la mesa de madera maciza, Helena les intentaba explicar que eso no era lo que ella quería, que no tenía por qué hacer lo mismo que su padre y que su hermano, que podía tomar otro camino. Pero ni Jaime ni Fifín veían claro cuál era ese camino y le preguntaban cómo era posible que hubiera cambiado de parecer, a ella que tan bien se le daban los números.

Helena les repetía que deseaba hacer una cosa diferente con su vida. Y Fifín le replicaba qué cosa diferente era esa, qué habían hecho mal como para que les saliera una hija que se empeñaba en deshacer los planes establecidos. Helena intentaba explicarles su punto de vista, aunque no había argumentos en el mundo para convencer a esos padres, que lo único que querían era darle un futuro a su hija; un futuro cómodo como el que ellos tenían.

Carlos no había querido participar en esa discusión. No era la primera vez que Helena y sus padres se peleaban, porque cuando ellos opinaban sobre una cosa, Helena les rebatía con un argumento contrario. Así había sido desde que su hermana cumplió los catorce. Carlos la justificaba delante de Jaime y de Fifín y les convencía de que era una actitud

adolescente, y de que cuando cumpliera algunos años más lo superaría. Fifín le contestaba que él no fue así, que se conformó con lo que ellos le decían, que había sido mucho más dócil, mucho más cariñoso y que jamás, jamás, les había llevado la contraria de forma tan tajante. Y Carlos le insistía en que, al final, a Helena se le pasaría aquella rebeldía adolescente. Pero no se le pasó.

Carlos, al que le fue más cómodo seguir las directrices que le habían marcado sus padres, no quiso intervenir en esa disputa y se limitó a seguir cenando como si la conversación no fuera con él. De una y otra parte escuchaba argumentos que eran irrefutables, así que no sabía bien cómo mediar en aquella discusión. Lo que parecía que iba a ser una noche tranquila viendo el telediario, se convirtió en una batalla en la que él permanecía en terreno neutral.

Sin embargo, cuando ya nadie creía que el silencio se escucharía en esa casa, Jaime, que intentaba no lidiar con su hija Helena en la mayoría de las ocasiones, zanjó la discusión: cuando no encuentres trabajo, no vengas a pedirme uno. Haz lo que quieras, pero si eliges una cosa no te dejaré dar marcha atrás. Tú sola asumirás las consecuencias.

Nadie más habló. Oían el sonsonete de la televisión entremezclado con sus pensamientos. Helena lloraba por dentro, pues creía que su padre justo tendría que haber dicho las palabras contrarias: si te equivocas, aquí estoy yo; Jaime pensaba que si era tan duro con Helena se arrepentiría de su decisión y acabaría haciendo como Carlos; y Fifín pensaba cómo podía tener una hija tan rebelde si la habían educado exactamente igual que a su otro hijo.

Esa fue la primera discusión en torno a sus estudios, aunque no sería la última. La escena anterior se repitió pasados dos años. Helena había acabado COU siendo la primera de su promoción, y sus notas de selectividad le permitían acceder a cualquiera de las carreras de letras

que, por aquellos años, se ofertaban en la universidad. Por eso, aquel junio de 1991, cuando se sentó a comer junto a sus padres, supo que otra guerra iba a estallar:

—Voy a estudiar Filosofía.

El silencio que prosiguió a esa frase se pudo sentir. Durante más de quince minutos nadie dijo nada. Fifín y Jaime seguían comiendo como si no hubieran escuchado lo que su hija acababa de decir. Helena fingía que aquel silencio era el preludio de una enhorabuena deseada. Pasados los minutos, Fifín se levantó y recogió los platos, mientras Jaime permanecía en la mesa con la mirada fija en el televisor.

Helena se dirigió a la cocina dispuesta a preparar el café, como hacía siempre. Recorrió el comedor con cuatro vasos en su mano y esquivó la mesa de mármol que había delante del sofá, mientras su cabeza gestionaba qué era lo que le diría a su madre cuando la encontrara. Cruzó la puerta de roble acristalada y se adentró en la cocina. Al fondo, delante de la pila de piedra marrón, Fifín enjuagaba los platos antes de introducirlos uno a uno en el lavavajillas con un movimiento mecánico. Helena se sentó en el taburete que se escondía bajo la mesa blanca y apoyó su espalda contra los azulejos, mientras esperaba que la cafetera estuviera lista. Miró a su madre.

—Podrías decir algo. —Un espeso silencio inundó la cocina.

—¿Para qué?

—Para saber qué os parece.

—Ya lo sabes. ¿Quieres que te volvamos a decir que no queremos que tires tu futuro a la basura? Ahí lo tienes. Dicho está.

—Gracias, mamá.

Helena calló. Toda la rabia la guardó dentro, muy lejos, y solo aquellos que eran capaces de escuchar el sonido de su cabeza, entendían lo que para ella significaba, una vez más, que no la apoyaran en sus decisiones. Carlos se lo había

advertido: cada discusión deja un poso. Y ahí estaba ella, tomando un café amargo con un poso demasiado oscuro.

Sin embargo, aquel mediodía no sería, como se pudiera pensar, el final de su relación. Simplemente fue una tapa más que Helena atrancaba dentro de ella. Una tapa que iba dejando a su verdadero yo cada vez más alejado de sus padres. Una tapa que Helena no abriría, que se superpondría a otras anteriores y que se quedaría cubierta por otras semejantes en cualquier otra escena similar de otro día cualquiera.

2

En todos esos momentos pensaba Helena mientras miraba la pared del hotel aquel doce de mayo de 2000. Tumbada en la cama, agotada, exhausta, con los ojos a cada segundo más empequeñecidos, lo único que su cuerpo le pedía era dormir. Cerrar los ojos y despertar cuando todo hubiera pasado, cuando el cansancio se hubiera ido y sus ojos marrones pudieran brillar como antes. Pero no durmió en toda la noche. A cada instante miraba el móvil que le indicaba que ni los minutos ni las horas querían seguir el ritmo que ella deseaba.

A las cinco de la mañana el agotamiento pudo más que sus pensamientos y logró conciliar el sueño. Un sueño intranquilo del que despertó tres horas más tarde. Entonces, muy despacio, se levantó de la cama, se dio una ducha y salió a tomar el desayuno. De la cafetería que estaba situada en la planta baja del hotel, cogió lo poco que creyó que podría comer. Con mucho esfuerzo, consiguió tragar medio cruasán y un café transparente.

Demoraba el tiempo contemplando a las personas que, como ella, desayunaban. Imaginaba cómo serían sus vidas, si se parecerían a la de ella. Un matrimonio joven, tal vez en viaje de novios, imaginaba Helena. Algo más alejados, cuatro jóvenes, estudiantes compartiendo confidencias. Se habrían escapado para disfrutar de un fin de semana juntos. Al fondo del restaurante, cerca de las ventanas que mostraban la calle, un joven con traje de chaqueta y maletín

de piel negra. A él sí podía reconocerlo, se parecía a sus compañeros cuando salían a una reunión importante; incluso se semejaba a ella misma sólo unos días atrás. Ahora ya no. Ya no se parecía a ella.

Helena aplazaba el momento final mirando a cada una de las personas que se paseaban por aquella cafetería de sillas y mesas de plástico. Cuánto más se demorara, creyó, más fácil sería enfrentarse a sus decisiones. Sabía lo que tenía que hacer: ir a casa, recoger sus cosas y despedirse de sus padres. Quizá no en ese orden.

Eso, o permitir que Fifín saliera ganadora y quedarse en aquel piso de ciento cincuenta metros que sus padres habían comprado cuando ella cumplió trece años.

Pero Helena no quería perder.

Regresó a la habitación, se lavó los dientes, miró la bolsa de deporte que estaba tirada en el suelo y salió del hotel con la intención de volver. Lo haría con una maleta y el resto de ropa que todavía dormitaba en el baúl del cuarto en el que ella había descansado durante años.

Cuando se subió en el coche vio que Carlos y María la habían llamado. Su teléfono móvil estaba en silencio como lo estaba toda su vida, a la espera de que en algún momento ella decidiera ponerlo en marcha. Llamó a María. Le contó lo ocurrido la noche anterior. Ella le aconsejó volver, no precipitarse, reflexionar, e incluso le ofreció su casa para que pasara unos días hasta que todo se calmara. Helena no atendía a razones. Lloraba en el asiento de su 205 rojo mientras le explicaba a su amiga cuántas y cuántas veces se había sentido incomprendida, cuántas veces les había pedido que asumieran que ella era diferente, que aceptaran sus decisiones.

Se enfrentaron a mí, incluso con Andrés... fue lo último que dijo Helena.

María, al escuchar esa frase, guardó silencio. No quería hurgar más en la herida. Mejor, de nuevo, intentar convencerla para que se quedara en su casa unos días.

Nada. Helena había tomado una decisión, y ella, que conocía bien a su amiga, sabía que no cambiaría de opinión. No te vayas sin decirme adiós, le pidió.

Terminaron la llamada. Helena miró la pequeña pantalla de su Alcatel azul. Marcó el teléfono de Carlos. Al descolgar escuchó, de un tirón, cada una de las recriminaciones que esperaba que le hiciera. A él hubiera sido al primero al que habría llamado de no ser porque sabía de sobra que Fifín lo habría hecho antes que ella. Estaba segura de que mientras el ascensor bajaba del cuarto piso al zaguán, Fifín había telefoneado a Carlos.

Y estaba segura, también, de que él le había dicho a su madre que volvería antes de la cena. Por eso, que el teléfono de Carlos no apareciera en la pantalla de su móvil durante toda la noche, fue una decepción más que se apuntó Helena. Carlos, mientras, seguía hablando al otro lado, recriminándole cómo se había ido de casa.

—Nadie te ha dicho nunca que no puedes cambiar de trabajo o de vida. Papá y mamá lo hubieran aceptado al final. ¿Era necesario que te fueras?

—No me he ido, mamá me ha echado.

—No digas tonterías, Helena. Ella no quiere que te vayas, pero tú eres tan testaruda que cuando se te mete algo en la cabeza no miras atrás. Y esta vez te has llevado por delante a la mamá.

Helena no quiso decir nada. Esperó a que él acabara de hablar y después le pidió que la recibiera en casa.

Mi versión, le contestó al otro lado del auricular. Después, juzga tú mismo. Helena colgó el teléfono, lo guardó en el bolso y puso en marcha el coche en dirección a casa de Carlos.

Nada, después de lo que le confesara ella, volvería a ser como antes.

3

Helena le contó su secreto a Carlos. Después, cogió el coche y se dirigió hacia la que había sido su casa hasta ese momento. Intentaba respirar a un ritmo mucho más acompasado del que marcaba su corazón, mientras realizaba el trayecto de seis kilómetros que separaba la casa de su hermano de la de sus padres. Las manos le temblaban sobre el volante y a duras penas conseguía mantener la concentración.

Cuando logró llegar, aparcó al lado de la vía del tren y se quedó inmóvil sentada en el asiento, con las manos metidas debajo de los muslos y sin pensar. Miraba al infinito, a la nada, mientras en su cabeza se amontonaban las imágenes del último día. Y así, completamente descolocada, igual que quienes no esperan el golpe fatal que acaban de recibir, salió del 205 rojo y se dirigió al portal de su casa.

Jaime Sabater y Fifín Beneyto vivían con sus hijos en una casa de cinco habitaciones, un comedor salón que comunicaba con la cocina, un baño y un aseo, en el cuarto piso de un edificio de seis plantas, donde se habían instalado un diciembre de 1986. En el cerrojo de esa misma finca, ahora con veintiséis años, metió la llave Helena, subió los cinco escalones de mármol que separaban la entrada del ascensor y apretó al cuatro. Como tantas otras veces, se colocó frente a la puerta número siete, y solo entonces se dio cuenta de que tal vez debía llamar, tal vez ya no podía utilizar las llaves como había hecho hasta ese momento.

Qué caprichosa es la vida, se decía Helena, nunca te das cuenta de todas las cotidianidades hasta que dejan de serlo.

Allí estaba ella, delante de la puerta y segura de que si no pedía perdón, si Fifín no la retenía, nunca más volvería a utilizar el llavero con aquel oso de metal al que le faltaba una pierna. Lo miró. Cada vez que llegaba a casa, lo dejaba dentro del cenicero de cristal que había sobre el tresillo de la entrada. Esa era la rutina de las cuatro personas que habían vivido allí: dejar las llaves en el cenicero antes de seguir por el largo pasillo de la derecha que conducía a las habitaciones.

—Tengo que comprarme uno nuevo, ya lo sé —le decía a Carlos cada vez que él se burlaba de aquel objeto, que una vez le compró por Navidad.

—¿En serio vas a tirar el llavero que te regalé?

—Si me acabas de decir que está hecho polvo.

—Haz lo que quieras, claro; si piensas tirarlo, tíralo. —Reía.

—Pero si es que el osito tiene una pierna rota.

—Como le falta una pierna, lo vas a tirar. En cuanto veis algo con defecto, lo lanzáis a la basura.

Carlos reía por lo absurdo de la conversación, pero Helena jamás se deshizo de aquel llavero. Ya no le importó que estuviera roto o viejo, porque cada vez que lo veía recordaba cuánto la hacía reír su hermano. Frente a la puerta de su casa pensó qué haría con él, dónde lo guardaría, si debía dejarlo en el cenicero de cristal o debía llevárselo. Si debía lanzarlo a la basura y no volver a acariciarlo en la oscuridad de su bolso.

Helena entró en casa. Fifín y Jaime estaban sentados en el sofá del comedor. Ella con los ojos rojos, él con el semblante serio. Se acercó hasta ellos y les dio un beso. No sabía hacer otra cosa. Quizá era la única forma que Helena tenía de pedir perdón, tal vez era un grito callado para que Fifín le dijera que no se marchara, que se quedara. Sin embargo, los besos que recibió fueron fríos. Nadie hablaba.

Se dirigió hacia la pared donde estaba la estantería de madera, que le habían comprado sus padres para que pusiera los libros que había adquirido con el paso de los años. Ese había sido su regalo cuando se licenció. Fifín y Jaime tampoco sabían expresar cuán orgullosos estaban de su hija, aunque encontraron una forma de hacerlo y fue regalarle algo con lo que ella llevaba tiempo soñando: una gran estantería de madera para tapar esa pared blanca, les había pedido. Y cuando llegó con su licenciatura, con ese premio extraordinario de final de carrera, se encontró con una tapando la antigua pared.

Ahí había refugiado cada uno de sus libros. Ahora los miraba, con lágrimas rodando por sus mejillas, esperando que algo ocurriera, que alguien hablara, que Carlos llamara, que la salvaran de lo que iba a hacer a continuación.

Nada. La nada. El vacío. Así se sentía el amplio comedor en el que, distanciados, Fifín, Jaime y Helena terminaban para siempre. Voy a coger algunos libros, se escuchó decir. Nadie contestó.

Helena se quedó mirando sin saber cuáles eran los que más le importaban. Algunas veces, con su amiga Paula, había jugado a eso, a elegir unos cuantos libros, los más importantes, esos que salvaría si algo ocurriera. Un incendio, decía Paula. Si hubiera un incendio en tu casa y tuvieras que sacar solo un libro, ¿cuál escogerías? Helena dudaba mucho hasta que optaba por uno, pero siempre creyendo que era una contestación anodina, sin importancia, porque nunca tendría que decidir.

Sin embargo, ahora, delante de la estantería de madera, debía hacerlo, debía elegir cuáles eran esos libros que la acompañarían. Sin pensar demasiado, acabó por tomar los que tenía frente a ella. Fifín y Jaime seguían sin hablar. Salió del comedor y se fue hacia su habitación. Pasó por delante del despacho que había empleado Carlos para diseñar altos edificios, por la habitación que su madre utilizaba para

coser, por la de Carlos. Pasó por cada una de esas estancias pensando si alguna vez volvería a realizar ese recorrido.

Entró en su habitación. Tomó la maleta que guardaba arriba del armario de cuatro puertas y cogió el resto de ropa que había dejado la noche anterior. Después, abrió el arcón que tenía bajo la ventana y sacó la de invierno. Todo no cabía en aquella maleta azul de escasas dimensiones. Rebuscó en los armarios de la cocina hasta que encontró unas cuantas bolsas. Dentro, metió lo que quedaba de ropa. Cerró el baúl, ya vacío.

Mientras recogía cada una de las piezas pensaba en la cantidad de frases que podría decirles a sus padres para que supieran lo equivocados que estaban, pero no abrió la boca y calló hasta donde el silencio se convierte en pensamiento. Helena, esa mañana, no dijo nada. No se paró ni un solo segundo a analizar lo que iba a pasar. Ella, tan racional y tan poco visceral, había activado su rasgo más instintivo como si fuera un animal acorralado. No había vuelta atrás. Porque Helena, si creía tener razón, nunca volvía atrás.

Antes de salir del cuarto, lo miró sólo unos segundos porque no quiso recrearse en la imagen que estaba viendo y en lo que significaba. Las estanterías seguían teniendo sus fotos. Se fijó en la de María y la cogió. Se la metió como pudo en la bolsa que llevaba en la mano y salió de allí, del lugar que había sido su refugio durante casi catorce años. Dejó todas las cosas en la puerta de casa y entró en el comedor. Fifín y Jaime estaban en el mismo sitio. Sin hablar.

Helena solo fue capaz de decir una cosa: me marchó.

Por respuesta, obtuvo más silencio.

4

Cuando llegó al hotel, Helena no se molestó en sacar las cosas del maletero. Subió a la habitación y se tumbó en la cama. Miró al techo. Su mundo se había derrumbado y ahora solo le quedaban dos opciones: seguir adelante o pararlo todo.

Ella jamás se había planteado que morir fuera algo que pudiera sucederle, o lo que era peor, que quisiera que le sucediera. Tal vez de vieja, seguro, claro; pero no antes de los treinta. Allí tumbada, sin embargo, se preguntaba si cambiaría algo si no existiese. Si muriera. Si las personas que formaban parte de su vida la echarían de menos. Nadie es imprescindible, le decía Andrés siempre; y ahora, más que nunca, creía que él tenía razón.

Se hundió pensando en esos interrogantes, en la muerte y en la capacidad infinita que tienen los seres humanos para seguir viviendo aunque no haya nada por lo que vivir. Pensó en Carlos, María, Olga, Penélope, sus padres, sus compañeros de trabajo... Tal vez las primeras semanas, incluso los primeros meses, pero después todos volverían a sus vidas y caería en un eterno olvido. Pronto dejarían de hablar de ella, se acostumbrarían a su ausencia y en unos años nadie se acordaría de Helena Sabater. La abrumó saber que ese era su futuro: ser olvidada. Se acurrucó dentro de las sábanas, abrazó la almohada y lloró hasta que se le agotaron las lágrimas.

Despertó de un sueño que no había programado cuatro horas más tarde cuando sonó el teléfono. María salía del trabajo y se dirigía hacia el hotel en el que ella se escondía. Podemos tomar algo en el centro comercial, le dijo. A Helena le pareció bien. Qué más daba un lugar que otro para decir adiós.

Al colgar, recordó cómo había conocido a la que ahora era su mejor amiga. Hacía de aquello seis años ya; seis años desde que las dos se unieran, para siempre, en un gimnasio de barrio. Las conversaciones en la ducha tras la clase de las ocho, se convirtieron en desayunos interminables que obligaron a Helena a poner excusas cuando llegaba tarde a la oficina donde trabajaba con su padre desde hacía unos meses.

En octubre de 1993, mientras Helena Sabater paseaba con ojos felices por la avenida universitaria al lado de Andrés López, un joven al que acababa de conocer, María Andreu dejaba su trabajo, porque no soportaba más ser la que sacaba adelante la empresa de saneamientos, mientras su jefe se limitaba a pasar por la oficina a recoger los cheques que ella iba peleando día tras día. Una mañana de ese octubre, María se levantó con ganas de enfrentarse al mundo, pero sobre todo a Luis, y decidió que si él iba a la oficina le diría que se marchaba. En el fondo, tal vez, María rezó para que no fuera, para que, como tantas otras veces, él se hubiera ido de viaje con alguna de todas las amantes que tenía desde que falleciera su mujer. Sin embargo, el destino quería que empezara una nueva vida y Luis, su jefe, se acercó a la empresa a recoger el dinero.

María, sin saber muy bien de dónde tenía que sacar las fuerzas para decirle a ese hombre que se iba, rebuscó en lo más recóndito y se largó. Después, decidió que montaría su propia empresa. Había conseguido ahorrar mucho dinero, y no porque no le gustara salir y gastarlo, sino porque los horarios interminables en la oficina la dejaban exhausta y lo único que se permitía era dormir. Los fines de semana se los

pasaba metida en casa organizando todo el trabajo de la semana siguiente, los viajes que tendría que realizar el próximo mes y toda la compra mensual que debía hacer si quería tener algo que echarse a la boca cuando llegara a las diez de la noche a casa. La mayoría de veces, por eso, se limitaba a comprar comida precocinada que después calentaba cinco minutos en el microondas, mientras tiraba al suelo la ropa del día y se ponía un pijama viejo, pero demasiado cómodo como para deshacerse de él.

Esa era toda la vida que había llevado María hasta que dejó para siempre a Luis. Pensó entonces que se merecía unas vacaciones, un descanso de la vida anterior, e hizo todo lo que había soñado durante años antes de emprender una nueva historia: se cocinó diariamente comidas caseras, cenó con sus amigos y viajó durante más de un mes por todo el Mediterráneo. Cuando ese viaje terminó y volvió a casa, pensó que tenía que seguir cambiando de costumbres y decidió que, por fin, volvería a hacer deporte.

María se apuntó a un gimnasio menudo, situado a diez minutos de su casa, en una calle estrecha que lindaba con el casco antiguo de su pueblo natal. Y allí, haciendo deporte, conoció a Helena. Del escueto saludo mañanero a las confidencias mientras ambas se vestían tras la ducha pasaron unas semanas. Y de ahí, a tomarse un desayuno tranquilo después de la clase, mientras dejaban correr el tiempo, solo dos meses.

Pero Helena, a diferencia de María, sí tenía una vida a la que hacer frente, aunque tampoco le interesara demasiado. Desde que comenzara la facultad con horario de tarde, su padre, jefe de ventas de la empresa de construcción Sanscor, quien no contemplaba la posibilidad de que su hija hiciera carrera filosofando, le ofreció un trabajo de media jornada en su despacho, en la empresa en la que llevaba trabajando más de treinta años. El mismo empleo que le había ofrecido incontables veces y que Helena siempre había rechazado.